



Hablamos con el Señor

10 de octubre.2020

Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3- 12; Lc 6,20-23).

Las bienaventuranzas son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de la bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.¹

Señor, hoy te digo: “quiero ser santo”

Y hoy también te pido que me ayudes a darme cuenta del modo en que puedo vivir tus *bienaventuranzas*.

Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida.

Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

Señor, las *bienaventuranzas* presentan una forma de vivir que va contracorriente de muchas formas de ser y vivir en nuestro mundo.

Señor, sé que solo si me regalas tu Espíritu podré vivir las *bienaventuranzas* pues tu Espíritu me llevará mas allá de mis límites personales, de mi debilidad que aparece en mi egoísmo, mi comodidad y orgullo,

¹ Los textos en cursiva son palabras del Papa en su carta Gaudete et Exsultate.

Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras.

Señor, te suplico que tus palabras me llamen a un cambio de vida.

Que no me quede en buenas palabras o buenos sentimientos. Sin la ayuda de tu Espíritu yo no puedo hacer vida en mi tus palabras de las bienaventuranza

Vamos a contemplar una bienaventuranza que dijo Jesús.

«Felices los mansos, porque heredarán la tierra»

Y ahora te suplicamos:

Jesús manso y humilde de corazón, óyeme.

Del deseo de ser lisonjeado, líbrame Jesús

Del deseo de ser alabado, líbrame Jesús

Del deseo de ser honrado, líbrame Jesús

Del deseo de ser aplaudido, líbrame Jesús

Del deseo de ser preferido a otros, líbrame Jesús

Del deseo de ser consultado, líbrame Jesús

Del deseo de ser aceptado, líbrame Jesús

Del temor de ser humillado, líbrame Jesús

Del temor de ser despreciado, líbrame Jesús

Del temor de ser reprendido, líbrame Jesús

Del temor de ser calumniado, líbrame Jesús

Del temor de ser olvidado, líbrame Jesús

Del temor de ser puesto en ridículo, líbrame Jesús

Del temor de ser injuriado, líbrame Jesús

Del temor de ser juzgado con malicia, líbrame Jesús

(vuelvo a dirigir esta suplica al Señor)

«*Felices los mansos, porque heredarán la tierra*»

Es una expresión fuerte, en este mundo que desde el inicio es un lugar de enemistad, donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio, donde constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres, y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho de alzarse por encima de los otros.

¿Descubro en mi y en mi ambiente el orgullo, la vanidad, odio, enemistad, indiferencia distante...?

Sin embargo, aunque parezca imposible, Jesús propone otro estilo: la mansedumbre. Es lo que él practicaba con sus propios discípulos y lo que contemplamos en su entrada a Jerusalén: «Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica» (Mt 21,5; cf. Za 9,9).

Él dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,29).

Señor, te suplico que me concedas la mansedumbre.

Que nada ni nadie me quite la paz

Ayúdame a venir a ti cuando algo me preocupe, me inquiete o me duela y descargue en ti mis tensiones, amarguras, fracaso..

Y si es que estoy dolido por mi orgullo herido, mi autoestima herida, mi vanidad herida quitame el dolor del ofendido y haz que busque juntamente la verdad y la paz.

Si vivimos tensos, engraidos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles. Para santa Teresa de Lisieux «la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades».

Señor, te suplico que lleve sobre mi los defectos de los demás con ternura y paciencia y sin quejarme ni despreciar al otro...

Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,23). Propone que, si alguna vez nos preocupan las malas acciones del hermano, nos acerquemos a corregirle, pero «con espíritu de mansedumbre» (Ga 6,1), y recuerda: «Piensa que también tú puedes ser tentado» (ibíd.). Aun cuando uno defienda su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. 1 P 3,16), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. 2 Tm 2,25). En la Iglesia muchas veces nos hemos equivocado por no haber acogido este pedido de la Palabra divina.

Señor, ayúdame a corregir con mansedumbre...
 Enséñame a presentar al fe con mansedumbre...
 Enséñame a no tener, en mi corazón, adversarios y a
 tratar con mansedumbre a quien se oponga a mi.

La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra “anawin” para referirse a los pobres y a los mansos. Alguien podría objetar: «Si yo soy tan manso, pensarán que soy un necio, que soy tonto o débil». Tal vez sea así, pero dejemos que los demás piensen esto. Es mejor ser siempre mansos, y se cumplirán nuestros mayores anhelos: los mansos «poseerán la tierra», es decir, verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios. Porque los mansos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, y los que esperan en el Señor poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (cf. Sal 37,9.11). Al mismo tiempo, el Señor confía en ellos: «En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras» (Is 66,2). Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad.

Señor, enséñame a sufrir por hacer el bien.
 Señor que acepte tus promesa a los pacíficos cuando dijiste que poseerán la tierra. La tierra será de los pacíficos aunque a veces en nuestro mundo triunfen los violentos, los orgullosos y los vanidosos.